Esa mañana le tomó media hora más de lo acostumbrado llegar al número 93 de la calle de Donceles en el Centro Histórico de la Ciudad de México. Había sido uno de esos días en que el metro se detiene sin ninguna razón aparente. Cristal salió de la estación refunfuñando, acalorada y muerta de hambre, pues ni tiempo le había dado de desayunar algo. Caminó de la estación del Zócalo a su destino entre hordas humanas, vendedores ambulantes y mendigos pidiendo limosna. Recorrió apresurada el trecho que le restaba para llegar y entró como bólido cargando en ambos brazos bolsa, portafolios, varios rollos de planos y papeles de toda índole. Sentía que su corazón palpitaba con ferocidad. Sin embargo, suspiró de alivio cuando los trabajadores le informaron que el arquitecto en jefe aún no llegaba.

Cristal de María Barrilete se arremangó la blusa, se colocó el casco de protección y se dispuso a iniciar su día laboral. Sólo que el crujir de sus vísceras le recordó entonces que su estómago seguía tan vacío como una bacinica del siglo XIX. Así que se volvió hacia uno de los peones y le pidió que le trajera una taza de café y una dona de chocolate del Oxxo más cercano a cambio de una buena propina.

Nada podría hacerla más feliz que su trabajo. Para Cristal, ver cómo una casa en ruinas; sin techos, con las paredes despellejadas, los muros a medio derruir, las escaleras con los peldaños mordisqueados por el paso del tiempo y el abandono; comenzaba a cobrar vida, era como ver surgir de su concha nácar a una Venus restaurada. Se sentía una especie de Botticelli, guardando las proporciones claro, que consigue dar luz a sitios en donde la oscuridad del tiempo los ha ido envolviendo en un desasosiego que empata con la tristeza y melancolías de la derrota.

El teléfono la sobresaltó de tan concentrada que estaba ordenando planos, midiendo, reestructurando y dando instrucciones. Vio que era su amiga Georgina y supo que no sería una llamada de dos minutos, por lo que se colocó el chícharo en la oreja y contestó mientras seguía haciendo lo suyo.

⎯ Te tengo cita con un galán ⎯sentenció Georgina segura de que Cristal brincaría de felicidad.

⎯ ¿Estás loca?

⎯ Es el hombre más guapo del planeta, es interesantísimo, mega rico y muy, pero muy, caballeroso. Es como un príncipe azul, de verdad. Yo me lo hubiera quedado para mí si no fuera porque ya tengo novio, amiga, pero te juro que te va a encantar. Nos vamos a ver en el restaurante egipcio que acaban de abrir en Polanco para cenar hoy en la noche. Vamos los cuatro, para que no te sientas como perrito fuera del agua… o pez fuera del agua o como sea… Vas a quedar agradecida conmigo de por vida, no te lo vas a creer cuando lo veas. Ponte guapísima, y hazme favor de usar vestido cortito… luce ese monumento de piernas que tienes. Si no quieres enseñar bubi lo entiendo, ya sé que eso medio te trauma, pero mínimo la pierna…

Hacía rato que Cristal ya no la escuchaba y terminó la llamada con la sensación de haber hablado con alguien del más allá que había venido a decirle que su abuelita estaba muy feliz viviendo en la luz. Así que transcurrió el día sin que volviera a poner un segundo pensamiento ni en su amiga, ni en el galán fantásticamente guapo y mucho menos en la minifalda que estaba sentenciada a usar esa noche. En cambio, consultó con el arquitecto en jefe varios asuntos importantes acerca de la estructura de un muro que se estaba viniendo abajo; se encargó de supervisar el resane de varias paredes que requerían atención personal, pues se trataba de muros con estucos del siglo XVIII que había que cuidar como si se tratara de las joyas de la corona, y muchos etcéteras.

⎯ Buenas noches, señorita ⎯se despidió el maestro de obras⎯. No se quede aquí hasta muy tarde.

⎯ Buenas noches, don Ramiro. En cuanto resuelva lo de las vigas, salgo corriendo, se lo prometo.

⎯ Pero váyase antes de que caiga la noche.

⎯ No creo que alcance a irme antes, la verdad. Pero no se preocupe por mí, don Ramiro, siempre cargo con mi gas pimienta.

⎯ No lo digo por los delincuentes, señorita… bueno, por esos también… pero pues, ¿cómo le explico?... Más vale que se vaya todavía con luz, digo yo… no vaya a ser que la anden espantando.

Cristal levantó la cabeza, interesada.

⎯ ¿Quién me va a espantar?

⎯ Pues verá… a mí no me consta, yo no lo he visto… y no me gusta andar con chismerío de viejas, con su perdón… pero dicen los muchachos que allá enfrente… en la casa al otro lado de la acera… espantan.

⎯ ¿Fantasmas?

⎯ Uno. Un fantasma. Pero con eso tiene, ¿no?

⎯ Bueno sí, supongo que para espantar sólo se necesita uno.

⎯ Pero usted no cree en esas cosas, ¿verdad?

Cristal se le quedó viendo al maestro de obras. Que si creía en esas cosas. ¿Qué contestar a esa pregunta? Era evidente que él sí. Prefirió hacerse un poco la desentendida.

⎯ Me iré antes del anochecer, don Ramiro. Vaya con cuidado.

Cristal se sumergió en sus hojas de planos, en sus notas y en sus papeles dando por terminada la conversación. El maestro de obras inclinó la cabeza y salió de la casa con la conciencia tranquila. Cristal, en cambio, se quedó con un agujero hondo en el estómago. Así que, en cuanto se hubieron marchado todos, el arquitecto incluido, Cristal empezó a recoger sus cosas con nerviosismo al tiempo que una lucha interna se libraba en su cabeza, por lo que estuvo más de media hora peleándose consigo misma, indecisa entre quedarse y huir de ahí. Cuando por fin salió, la oscuridad se había cerrado ya sobre las calles del centro histórico de la Ciudad de México. Cristal permaneció de pie frente a la fachada de la casa número 94 de Donceles. Sin embargo, no le pareció que sucediera nada extraordinario. La gente iba y venía por las aceras tranquilamente, en una rutina tan cotidiana como cualquier otra, y los automóviles pasaban tan veloces como se los permitía el tránsito citadino de la hora pico. Y como los vivos pueden ser más desgraciados que los muertos, sacó el gas pimienta para tenerlo a la mano en caso de necesidad y se encaminó hacia la estación del metro Zócalo para abordar el tren que la llevaría a su casa en la colonia Roma y no se volvió a acordar del dichoso asunto. No obstante, de lo que no se percató fue de la sombra oscura que la observaba desde un punto igualmente oscuro. Y de que la seguía muy de cerca hasta su casa.